

EL BICENTENARIO Y EL QUEHACER DEL HISTORIADOR

DR. IGOR GOICOVIC DONOSO
DEPARTAMENTO DE HISTORIA, USACH

El Bicentenario: De la Fiesta al Balance

El año recién pasado instaló un espacio de debate sobre el Bicentenario y el quehacer social y políticos de los chilenos en el contexto actual. La primera pregunta que nos debemos formular, entonces, remite a ¿qué es el Bicentenario?: ¿Una Fiesta?, ¿una Conmemoración?, ¿un Balance? La respuesta que vamos a encontrar se encuentra directamente asociada al punto de observación o a la situación de los actores.

Las clases dominantes de este país tienen mucho que celebrar. El grupo privilegiado del país (el quintil 5, es decir el grupo más rico de la población), de acuerdo con la Encuesta CASEN 2006, concentró el 54% de la riqueza (MIDEPLAN, CASEN, 2006)¹. En este grupo privilegiado se encuentra la burguesía monopólico-financiera, los empresarios adscritos al complejo agro-exportador, la burguesía minera, los gerentes de AFPs e Isapres, la clase política que profita de la nominación en directorios de empresas públicas y semipúblicas y una amplia gama de profesionales que han hecho del lucro la razón de sus servicios.

¹ Al desglosar a la población en deciles observamos que el 10% más rico concentra un 44,7% de la riqueza (MIDEPLAN, CASEN, 2006).

Es más, de acuerdo con el artículo del economista Andrés Solimano (2010: 75-76) publicado el 2010, cinco grupos económicos controlan el 47,6% de los activos de la Bolsa de Comercio de Santiago. En el sector financiero, los tres bancos privados de mayor tamaño tienen una participación superior al 50% de las colocaciones del sistema bancario (excluyendo al Banco Estado); mientras que las AFPs de mayor tamaño acumulaban el 74% de los fondos de pensiones en el 2007; a su vez siete ISAPRES captaban el 93.4% de las cotizaciones del sector. Otro indicador notable (tomado por Solimano de la *Revista Forbes*), señala que cuatro familias chilenas (Luksic, Matte, Angelini y Piñera), representaban en conjunto, el año 2008, el 12,5% del PIB. Son ellos los que han instalado y logrado preservar un régimen económico que mantiene en la miseria y en la pobreza relativa a 1/3 de la población. Los dueños del capital han jugado, además, un rol fundamental en la edificación de un régimen político que excluye a las mayorías de las decisiones estratégicas y castiga con violencia a quienes se rebelan contra el orden establecido.

No obstante lo anterior, ¿los demás podemos celebrar? Evidentemente que sí. Muchos son los avances y logros que el movimiento popular, a lo largo de toda su historia, ha logrado acumular. Remiten a las conquistas sociales y económicas arrebatadas al Estado oligárquico a mediados de la década de 1920; tienen que ver con el proceso de reforma agraria que desmontó las estructuras del latifundio; se asocian a la nacionalización de la minería del cobre; y encarnan en la llegada al gobierno de la Unidad Popular. Pero junto a estas importantes victorias de la organización y de la lucha popular, se encuentran también

importantes derrotas y profundos retrocesos. Por ello no es extraño que, hoy día, seducidos los sectores populares por el discurso de la integración social asimétrica, opten por el reventón lúdico, el jolgorio, la euforia, para luego experimentar el retorno a la miserable realidad; la vuelta a la mina, el regreso a la fábrica, la vuelta al trabajo de temporada y a las cuentas y deudas acumuladas. Corresponde, entonces, un Balance ¿Por qué tenemos el país que tenemos?

El Bicentenario y los Historiadores.

Si bien todos podemos hacer el Balance al que hemos hecho referencia, se supone que los historiadores somos los llamados a sancionar la evaluación oficial; se nos confirió el privilegio de establecer la “verdad histórica” respecto de los acontecimientos del pasado. Y en este punto es importante establecer que los historiadores no constituimos una estructura corporativa, ni siquiera en el ámbito del asociacionismo científico; es más, en Chile, no existen escuelas ni centros de investigación que den cuenta de ello. Pero, además, las interpretaciones del pasado y los temas del presente nos dividen.

Es importante destacar que, aunque académicamente disminuida, existe una corriente conservadora aún muy fuerte, especialmente en el campo editorial y, por ende, muy recurrida por los medios de comunicación. Y cuando esta corriente no existe, o es débil, como ocurre actualmente, los grupos del poder la inventan. Este es el caso de la colección *Chile en cuatro momentos* (DOUSSAILLANT, 2008-2010), iniciativa coordinada por Jacqueline Doussaillant, editada por el

Grupo Enersis (uno de los más importantes conglomerados económicos del país), la Universidad de Los Andes (filiada al Opus Dei) y el periódico El Mercurio (el principal medio de difusión de la burguesía chilena). Esta corriente, sin lugar a dudas, tiene un peso relevante en el campo de la educación (especialmente en la confesional) y en la construcción de opinión pública.

Luego existe una amplia y heterogénea gama de corrientes “progresistas”, pero que también poseen profundas diferencias, tanto temáticas como interpretativas. Entre las cuales podemos destacar la Historia Social, la Historia Política o la Historia Económica. No es extraño, entonces, que frente a la interpelación oficial, es decir, convocados a pronunciarnos frente al Bicentenario, estas diferentes manifestaciones del quehacer historiográfico se pronuncien desde sus particulares experiencias investigativas y desde sus opciones interpretativas. ¿Qué quiero decir con esto? Que no existe un modelo explicativo, ni una perspectiva interpretativa. Más bien, múltiples enfoques para acceder al pasado y construir, al efecto, una interpretación de nuestra historia.

Pero por otro lado debemos ser muy autocríticos con nuestra contribución disciplinaria al Balance que se nos demanda. En Chile la investigación histórica no posee la densidad científica que podemos encontrar en México, Brasil o Argentina. En Chile la investigación en nuestro campo la financia, fundamentalmente, CONICYT, a través del concurso FONDECYT. Es decir, la investigación historiográfica la financia el Estado. Como ha venido siendo una tendencia regular

hasta la fecha, el año 2010 FONDECYT aprobó 11 proyectos en Historia, de un total de 412 que fueron financiados, lo cual representa un 2.7% sobre el total (CONICYT, 2010). Cabe señalar que una parte marginal se financia con fondos de las instituciones de educación superior, mientras que la inversión privada o local (municipal) es prácticamente inexistente.

No es extraño, entonces, que en Chile prácticamente no existan escuelas historiográficas con líneas de investigación sólidas y consolidadas en el tiempo. Hoy día, prácticamente, no se hace historia económica y menos demografía histórica; la historia de instituciones relevantes como la Iglesia Católica o la de los cuerpos militares del Estado continúa entregada a los especialistas de dichas instituciones (sacerdotes y militares), la nueva historia política (aquella que remite al tiempo presente o al militantismo) está recién construyéndose como campo de investigación en Chile; la historia cultural tiene muy pocos especialistas (los estudios más relevantes provienen de la antropología o de la filosofía cultural). El único campo con un cierto grado de desarrollo es la Historia Social. Aquella que comenzó a desarrollarse con los historiadores chilenos en el exilio a mediados de la década de 1980 y que irrumpió en Chile a comienzos de la década de 1990. Nos referimos a especialistas como Gabriel Salazar Vergara, Sergio Grez Toso, Jorge Pinto Rodríguez, María Angélica Illanes Oliva, Julio Pinto Vallejos y Mario Garcés Durán, cuyo mérito principal fue instalar en el ámbito historiográfico nuevos actores sociales y nuevas perspectivas de análisis.

Esta debilidad relativa en la que se encuentra el conocimiento historiográfico condiciona el que los historiadores posean poca o nula incidencia en el debate político contemporáneo; incluso en aspectos fundamentales como la discusión en torno al Bicentenario. Se nos convoca, básicamente, como elemento decorativo: “Veamos que rasgo anecdótico encontramos en el pasado. Llamemos a un historiador”. Pero problemas fundamentales del país, como las estrategias de desarrollo económico o el fortalecimiento de la institucionalidad democrática o la ampliación de la ciudadanía política, no se encuentran asociadas al quehacer de los historiadores y, en consecuencia, no somos convocados a pronunciarnos sobre ello. Hay que reconocer, además, que la tendencia endémica de la disciplina ha sido refugiarse en el pasado y de esa manera pretender no contaminarse con la contingencia.

Historia y Memoria.

Por último me quiero referir a un aspecto particularmente contingente. Al debate a propósito de los conceptos de Historia y Memoria.

La Historia es el campo preferente de la investigación científica. En este plano, a mi juicio los avances, a escala global, nos permiten hoy día tener una disciplina que ha experimentado importantes niveles de cualificación, tanto desde el punto de vista teórico como en el plano metodológico. Y en ello tiene particular incidencia el vínculo cada vez más estrecho entre la historia, la sociología, la antropología, la psicología cultural y la politología (CASAUS, 1994: 81-105).

Tanto el trabajo interdisciplinario, como la apropiación que los historiadores hemos hecho de métodos y procedimientos utilizados en otras disciplinas, nos han permitido avanzar sustantivamente en la validación científica de nuestras contribuciones. En consecuencia, la responsabilidad de los historiadores es investigar con rigurosidad. De ahí el creciente grado de especialización del conocimiento histórico.

El campo de la Memoria, sin encontrarse escindido del campo de la Historia, se sitúa en un plano diferente; particularmente en el plano de la contingencia política (AGUILAR, 2008). Discutimos a propósito de la Historia porque existe una reconstrucción política del pasado. En el caso de Chile ello tiene que ver, si no exclusivamente, si especialmente con nuestro pasado reciente.

Las clases dominantes se han apropiado de manera espuria de los símbolos, contenidos y representaciones de la historia nacional. Han intentado arrebatar nos la memoria, instalando “verdades oficiales” en las cuales la explotación y la conflictividad social, las luchas y triunfos populares, son invisibilizados. Han pretendido convencernos de que existe una entelequia denominada “unidad nacional” que nos homogeniza y a la cual todos adscribimos. Esta falacia se desmonta día a día. Por los efectos de la explotación y la exclusión, pero también por la conflictividad social y política que episódicamente sacude a la sociedad chilena.

Precisemos algunos aspectos, a mi juicio claves en los debates sobre la memoria. La lucha por la independencia de Chile se

inició como un conflicto interoligárquico; es decir, afectó y fue protagonizada inicialmente por las élites criollas latifundista y burocrática. Pero luego se transformó en una guerra popular que aspiraba a modificar las bases políticas y económico-sociales del país. En segundo lugar, y teniendo en cuenta lo anterior, es necesario asumir que el proceso de independencia inauguró un proyecto histórico de liberación nacional; proyecto que a lo largo de estas dos últimas centurias ha alcanzado importantes cotas de desarrollo, pero que también ha experimentado importantes derrotas.

Por ello es imprescindible vincular las luchas populares contemporáneas con el conjunto de las demandas y tradiciones de lucha acumuladas en la historia de los trabajadores en Chile. Es decir, el proyecto histórico popular debe alimentarse no sólo de los contenidos agitados en diferentes coyunturas históricas: Antioligárquico, antiimperialista, antiautoritario, antiliberal, sino que, además, debe hacerse cargo de todas las formas de lucha a las cuales han recurrido los explotados para sacudirse las cadenas de la dominación: Levantamientos mineros, corridas de cerco, tomas de terrenos, motines urbanos, huelga general, insurgencia armada, etc. En este punto se cruzan Historia y Memoria. El registro histórico provee los antecedentes y la interpretación del pasado, mientras que la Memoria empodera políticamente a los actores.

El gran desafío hoy día de la historiografía que releva el protagonismo de los sectores populares es, primero, hacer bien su trabajo (que no es otra cosa que ser rigurosa); y, en segundo lugar, contribuir

a la reanimación y rearme del campo popular. Parafraseando el lema de una reunión de estudiantes de historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, realizada recientemente: No es la historia la que ha decidió no escuchar, somos los historiadores los que no debemos seguir callando.

Referencias Bibliográficas.

AGUILAR, Paloma (2008), *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*, Madrid: Alianza Editorial.

CASAUS, Marta (1994), “Historia y ciencias sociales en América Latina”, Madrid: Ayer, 14.

CONICYT (2010), *Concurso FONDECYT*, en: <http://www.fondecyt.cl/578/>

DOUSSAILLANT, Jacqueline (Coordinadora)(2008-2010), *Chile en cuatro momentos*, Santiago de Chile: Grupo Enersis, Universidad de Los Andes, *El Mercurio*.

MIDEPLAN (2006), *Encuesta CASEN*, en: <http://www.mideplan.cl/casen/>

SOLIMANO, Andrés (2010), “Concentración económica, heterogeneidad productiva, políticas públicas y contrato social en

Chile”, en: ESCOBAR, Luís Eduardo (2010), *Hacia un crecimiento inclusivo: Propuestas de política económica*, Santiago de Chile: Fundación Chile 21.